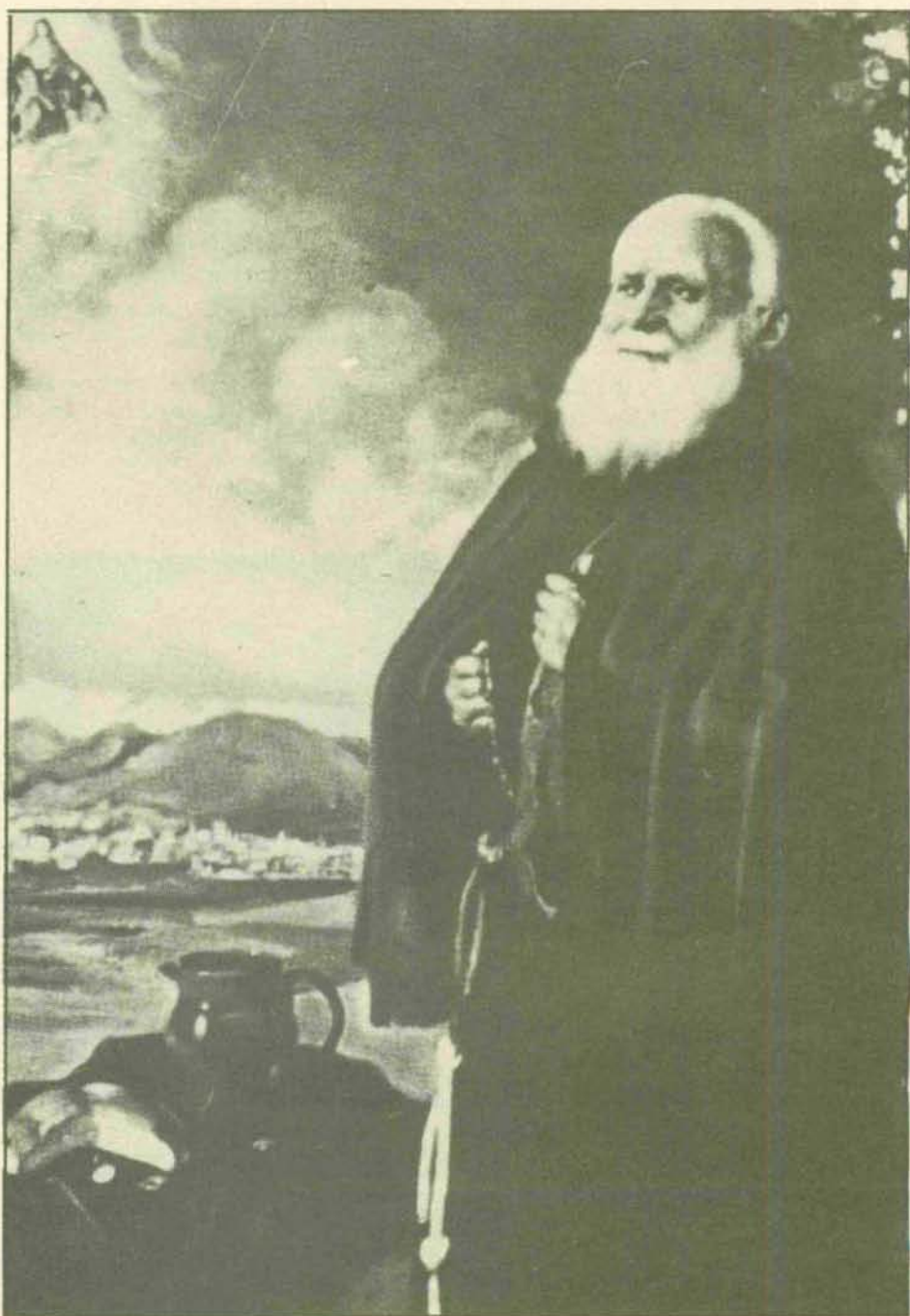


Fray Leopoldo de Alpandei, un lego para la eternidad

Gonzalo Goicoechea

EL guardia civil Salvador Garrido Agüera fue, los últimos días del pasado marzo, desde Valencia a Granada con el fin de visitar a una hermana suya que estaba enferma. Declarado devoto de Fray Leopoldo de Alpandei, un lego capuchino muerto el 9 de febrero de 1956, cuyo proceso de beatificación y canonización se inició el 26 de junio de 1961, aprovechó la ocasión para visitar su tumba en la capilla de los Padres Capuchinos. Hace quince meses había sufrido una embolia en la pierna derecha y estaba retirado del Cuerpo, pues todavía se veía obligado a andar con muletas. Según él, tras rezar ante la tumba del fraile lego —ahora se les llama no clérigos— se sintió repentinamente curado y comenzó a caminar sin ningún problema; tiró en la misma capilla las muletas. El hecho, publicado en la prensa local y posteriormente recogido en otros medios de comunicación, ha revitalizado la leyenda de Fray Leopoldo y la afluencia de fieles, y, por supuesto, de nuevos milagros.



El fervor religioso aumentó y también la venta de estampas y reliquias del lego. Un nuevo Lourdes o un nuevo Palmar parece levantarse en Andalucía. Por su parte, el doctor Cayetano Espinosa, médico que trataba como paciente al guardia civil, declaraba que la enfermedad no era embolia ni problema vascular alguno, sino una dolencia en la rodilla. «De la lesión que yo le traté puedo decir que estaba prácticamente curado; en cuanto a las muletas, tengo que decir que sólo llevaba una y la utilizaba más en razón de una mayor seguridad que por pura necesidad fisiológica». El 9 de abril se habían

anunciado nuevos milagros. Varios cientos de personas hacían guardia desde las primeras horas de la mañana. Numerosos coches y autobuses procedentes de Almería, Córdoba, Cádiz, Málaga, Sevilla, Huelva, Jaén, Ubeda, Murcia, Extremadura, Barcelona, Madrid, Valencia y Alicante habían transportado a gentes ansiosas de un milagro a la iglesia de los Capuchinos. Se agotaron las flores y las reliquias. Numerosos enfermos buscaban su curación tocando la tumba del lego. A las diez de la noche, cuando se cerró la capilla, el milagro no se había producido. Según los frailes, el

gran milagro de fray Leopoldo era que, gracias a las limosnas, se puede construir un gran edificio en la parte trasera del convento, que se destinará como residencia de ancianos. Fray Angel de León, vicepostulador de la causa de beatificación, ha visto crecidas sus esperanzas de que la Orden Capuchina, reforma de la Franciscana iniciada en 1525, aporte a la Iglesia católica un nuevo santo. Hasta ahora ha dado 8 santos y 13 beatos. El último lo beatificó Pablo VI el 2 de mayo de 1976 y curiosamente también se llamaba Leopoldo. En este caso Leopoldo Mandic de Castelnovo. ►



Como iba para lego y, además, conocía el oficio del campo fue designado ayudante del hermano hortelano para que se hiciera una idea de la vida que le esperaba a partir de ese momento. (Patio de entrada a la iglesia y convento de Sevilla).

UNA VIDA EN OLOR DE SANTIDAD

Fray Leopoldo nació el 24 de junio de 1864 en un pueblo de la provincia de Málaga, en la serranía de Ronda, llamado Alpandeire. Hijo de Diego Márquez y Jerónima Sánchez, fue bautizado el 29 de junio por Antonio Vallecillo Sánchez, párroco de la localidad, y se le impusieron los nombres de Francisco Tomás de San Juan Bautista. Su familia era propietaria de algunas tierras y la situación económica, ajustada, permitía una vida decente, aunque para ello fuera necesario la participación en el trabajo de todos los hijos. Tras Francisco Tomás, el primogénito, nacieron Diego, Juan Miguel —que murió soldado en la guerra de Cuba—, María Teresa —que permaneció soltera y murió en Ronda, donde cuidaba a dos sacerdotes— y otros que murieron en la infancia y cuyos nombres se ignoran.

Aprendió de su padre el manejo de los aperos de labranza y el mando de la yunta, y desde pequeño, como todos los demás niños, comenzó a trabajar en el campo. La finca familiar se llamaba «La Joyuela» y distaba del pueblo unos 3 kilómetros. Poseían asimismo unas tierras de arrendamiento en el término de Ronda, donde pasaban grandes temporadas domiciliados en la carretera de Marbella, número 33.

La escuela era un lujo y apenas algún mes que otro asistía a ella. Eran los peores ratos para el futuro lego, porque «consta que ponía siempre su mejor voluntad, pero también es verdad que intelectualmente no sobresalía» (1). A los

(1) Las partes entrecomilladas pertenecen —excepto las que reproducen las Constituciones de los Frailes Menores Capu-

diez años pastoreaba un breve hato de cabras y dos cerdos propiedad de su padre.

La vida dura de la serranía no favorecía la religiosidad de los lugareños y, a pesar de haber dos curas para ochocientos habitantes, sólo unas cuantas viejas frecuentaban la iglesia. Francisco Tomás era el único joven que asistía a misa todos los días.

Vivió en Alpandeire hasta los 33 años, alternando el pastoreo con las labores agrícolas. Se hizo gran amigo de uno de los curas, Tomás Arcadio Sánchez, y le ayudaba cada año en la preparación de «El huerto», un espectáculo que se montaba el domingo de Resurrección en la plaza del pueblo, y que consistía en una representación de la Resurrección de Jesucristo.

Todavía muchacho dijo a sus padres que quería ser fraile. El padre se opuso porque la situación económica familiar no permitía prescindir de la ayuda de un hijo para el trabajo de la tierra.

A los veinte años fue llamado al servicio militar. El padre estaba dispuesto a librar al hijo mayor de servir al rey a cambio de unos miles de reales. «Pensó el buen Diego que, dado el carácter de su Francisquito ofrecía buen blanco para las bromas de cuartel». Pero, como el hijo insistió, fue destinado a Málaga al

chinos— al libro «Mendigo por Dios. Vida de Fray Leopoldo de Alpandeire» del que es autor fray Angel de León. Va por su segunda edición y está agotado como lo están todos los números del boletín «por la causa de beatificación» desde la cuarenta y cinco. El análisis de la historia de España de este capuchino es realmente conmovedor y su lectura francamente instructiva para no engañarse. Recomendando con especial interés la parte que hace referencia a la Segunda República y a los intelectuales.



Durante un tiempo tuvo que dejar los hábitos y cortarse la barba, ya encanecida, para no correr peligros físicos. Después, con la Victoria, volvió la tranquilidad a su vida y a la de todos los frailes. (En 1944, Fray Leopoldo aparece entre los dos obispos capuchinos que tomaron parte en las fiestas del centenario del Beato Diego).



Sufrió varias horas preagónicas en las que la paciencia y la aceptación franciscana del dolor desaparecieron ante la inminencia de la muerte. (Los admiradores de sus virtudes le acompañan a la última morada).

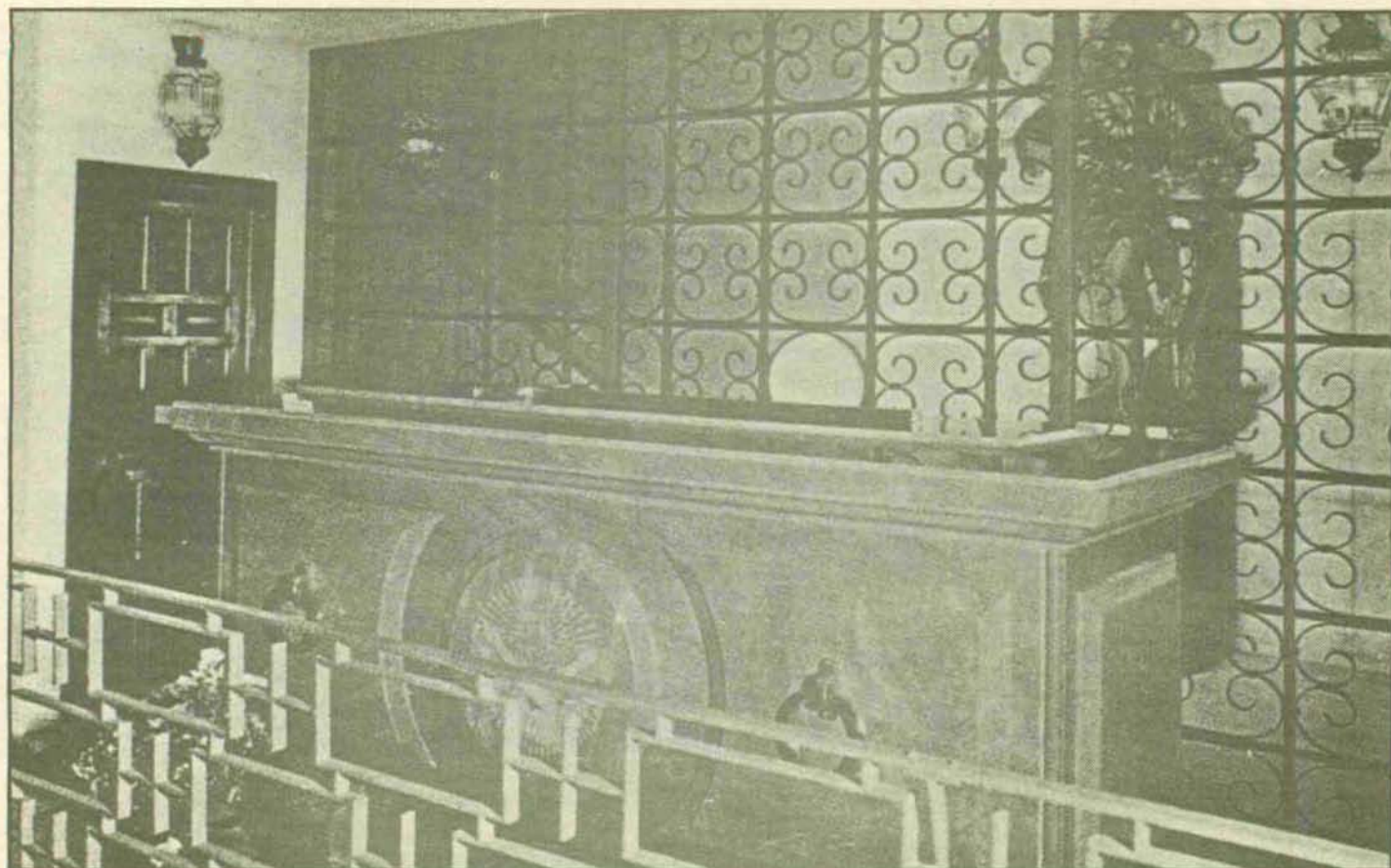
Regimiento de Infantería de Pavía. Ningún otro acontecimiento se produjo en la vida del devoto joven hasta septiembre de 1891 cuando don Marcelino Espínola y Maestre, obispo de Málaga y después cardenal, decidió efectuar una visita episcopal a los pueblos de la serrañía de Ronda. El día 11, tenía 27 años, recibió la Confirmación.

Dificultados sus deseos de hacerse fraile se enamoró de una moza del pueblo llamada Antonia Medinilla, a la que propuso matrimonio, sin que se sepa ni cuánto duraron sus relaciones ni por qué se terminaron. Cuenta su apologeta que manifestó a la moza sus deseos de meterse en un convento diciendo «el Señor me llama». Lo cierto es que Antonia se casó con otro joven apellidado Lobo con el que tuvo varios hijos.

En la guerra de Cuba, el menor de sus hermanos varones, Juan Miguel, fue herido de muerte. Era un nuevo obstáculo para su vocación religiosa, que aumentaba cada año. Es curioso lo difícil que le fue al hombre lograr ser fraile. Se le presentó una oportunidad con motivo de las solemnes fiestas que se celebraron en Ronda al ser beatificado, el 22 de abril de 1894, un capuchino llamado fray Diego José de Cádiz. Como estaba enterrado en la ciudad, el 15 de noviembre del mismo año se constituyó una Junta para conmemorar el acontecimiento. Con este motivo llegó otro capuchino llamado padre Diego José de Ronda, que era un conocido predicador y conversor de

almas descarriadas. Francisco sintió hervir su fervor religioso y quiso entrevistarse con el capuchino, al que expuso su deseo de meterse fraile. Si alguna cualidad tienen los clérigos es la de captar en seguida la capacidad intelectual de los aspirantes. A lo que se ve, el predicador recibió gustoso la propuesta del joven, pero le dijo que sólo podría ingresar en la Orden en calidad de hermano lego, porque no tenía estudios y era ya mayor para principiarlos. El mozo aceptó gustoso la propuesta y quedó en rellenar un cuestionario que le iba a ser enviado para solicitar oficialmente su ingreso. Pero nunca llegó el cuestionario y nuevamente se frustraron sus deseos.

En mayo del año siguiente se celebraron los anunciados festejos en honor del beato. Asistieron varios obispos de toda España y se celebraron numerosas misas pontificales y sermones de mañana y tarde predicados por los más prestigiosos oradores, entre otros, el que lo había confirmado, entonces ya cardenal Espínola, que, por cierto, también está abierto un proceso para su beatificación. Francisco nuevamente sintió renacer su vocación franciscana. Pero el cuestionario prometido un año antes seguía sin llegar. Pasaron varios meses sin que ocurriera nada especial, hasta que el padre Cándido de Monreal fue a Ronda a predicar. Francisco Tomás le contó su problema y el capuchino le prometió encargarse personalmente de arreglar el caso. Mas, al parecer, se olvidó por completo de su promesa.



El 27 de octubre de 1969, los restos de Fray Leopoldo fueron trasladados a la cripta de la nueva iglesia de los capuchinos, donde «descansan en un artístico sarcófago de mármol». El mismo sarcófago ante el que rezó y se curó el guardia civil Salvador Garrido Agüera. (Sepulcro de Fray Leopoldo de Alpendeire).

Pasaron cuatro años y el cuestionario no llegaba. El labrador, ya en la treintena, agotó su paciencia y se fue a pedir consejo a un cura de Ronda, don Rafael, pariente lejano de la familia. El hombre sólo aspiraba a ser lego y, aunque no fuera muy inteligente, tampoco se merecía tanta espera. Así que el cura escribió al padre Ambrosio de Valenciana, provincial de los Capuchinos, solicitándole la admisión en la Orden de Francisco Tomás.

Se hicieron necesarios varios meses para que, al fin, el primogénito de Diego Márquez, viera realizados sus deseos de ser capuchino aunque sólo fuera en categoría de lego. Se despidió de su llorosa madre, de su padre disgustado por perder un peón y de la novia que aceptaba que el chaparro mozo de cabello castaño y corta estatura se metiera limosnero, y se fue en tren a Sevilla. Llegó por la tarde y fue recibido en el locutorio conventual por Fray Diego de Valenciana, que era el padre Guardián y Maestro de novicios. Tras una corta visita al Santísimo Sacramento fue conducido a la celda, pobre como lo exige en la Regla, el beatífico y seráfico padre San Francisco.

Como iba para lego y además conocía el oficio del campo fue designado ayudante del hermano hortelano para que se hiciera una idea

de la vida que le esperaba a partir de ese momento. Era el mismo trabajo que había hecho en la finca familiar de «La Joyuela», pero con una diferencia: hiciera frío o calor tenía que trabajar con el hábito franciscano de burda estameña y que, como ordenan las Constituciones de la Orden, no se lo quitan ni para dormir sobre el jergón de paja (si el superior local lo autoriza y la salud del fraile lo permite pueden dormir sobre una tabla simplemente).

AL FIN, FRAILE

En atención a tantos años de paciente espera le fueron acortados los meses de postulante y como se recibieron óptimos informes de él —en los seminarios funcionan mucho los informes— se realizó la ceremonia de ingreso en el noviciado, un hito en la vida de los hombres que se dedican a religiosos.

La ceremonia comenzó a las diez de la mañana del 16 de noviembre de 1899 en la capilla que había sido celda del beato Diego José de Cádiz. Recibió el nombre, en religión, de fray Leopoldo, lo que le causó sensación, porque no era muy común. «El nombre —diría más tarde— me cayó como un jarro de agua fría».

El noviciado de todas las órdenes religiosas es realmente duro: rezos, ayunos, rezos, estudio, rezos, trabajo, rezos. Y si el padre Maestro lo cree conveniente se tiene que repetir hasta que el aspirante demuestre su valía de fraile. Las Constituciones que estaban vigentes entonces —después del Concilio se han reformado— no permitían una prórroga de más de seis meses. Pero Francisco Tomás, desde ahora fray Leopoldo, superó el año de prueba. La barba de color castaño creció: «Y llévase la barba a ejemplo de Cristo, del seráfico padre San Francisco, de otros santos y de nuestros antiguos Padres, por ser cosa viril, natural y austera, pero no la compongan al modo de los seglares» (Constituciones-40).

La fama que ya tuviera en Alpendeire de hombre fervoroso creció en el noviciado. Entre los hermanos —cuentan— alcanzó gran simpatía y se sometía a todas las disciplinas que él mismo aumentaba voluntariamente, hasta tal punto, que su padre espiritual «le permitía bastantes menos torturas de las que él pretendiera». La fama de venerable —que al final de sus años sería ya de santo— comenzó a rodearle. Así, el último de sus connovicios en fallecer, padre fray Fulgencio de Ecija, escribió en 1963 un poema desde la República Dominicana en la que, además de llamarle «mi santo connovicio», escribía: «Yo admiro tu virtud desde mi infancia en incontables años».

Una vez cumplido el noviciado se celebró la profesión con la tradicional fórmula: «Yo, fray Leopoldo de Alpendeire, hago voto y prometo a Dios todopoderoso y a la bienaventurada

Virgen María y al bienaventurado Padre nuestro San Francisco, y a todos los Santos, y a ti Padre, por todo el tiempo de mi vida, guardar la Regla de los Frailes Menores, por el señor Papa Honorio confirmada, viviendo en obediencia, sin propio y en castidad». Tenía treinta y seis años.

Siguió algún tiempo en el convento de Sevilla y, meses después, como faltara un hortelano en Antequera, lo enviaron allí a manejar la azada. Tras una corta temporada en la que destacó por su santidad y espíritu de sacrificio, fue trasladado, en otoño de 1903, al convento de Granada, aunque, oficialmente, su traslado no es confirmado hasta el 13 de enero de 1905. Según cuenta el cronista conventual, una de sus primeras faenas fue la plantación de una valla de saúco en el límite de la huerta.

Durante varios años realizó su función de hortelano. «Los que se hayan de recibir para legos, estén suficientemente instruidos en la doctrina cristiana y sean aptos para los trabajos manuales» (Const. 7-5). Años después (1913) fue trasladado al mismo convento fray Salvador de Casabermeja; fue a lo largo de su vida el único amigo y confidente que tuvo. Se pasaban largas horas hablando de las cosas de Dios, particularmente las tardes de los domingos.

Tras unos meses de nuevo en Sevilla, el 21 de febrero de 1914 es destinado a Granada, donde permanecerá hasta su muerte.

A partir de este momento ningún acontecimiento extraordinario ocurre en la vida de



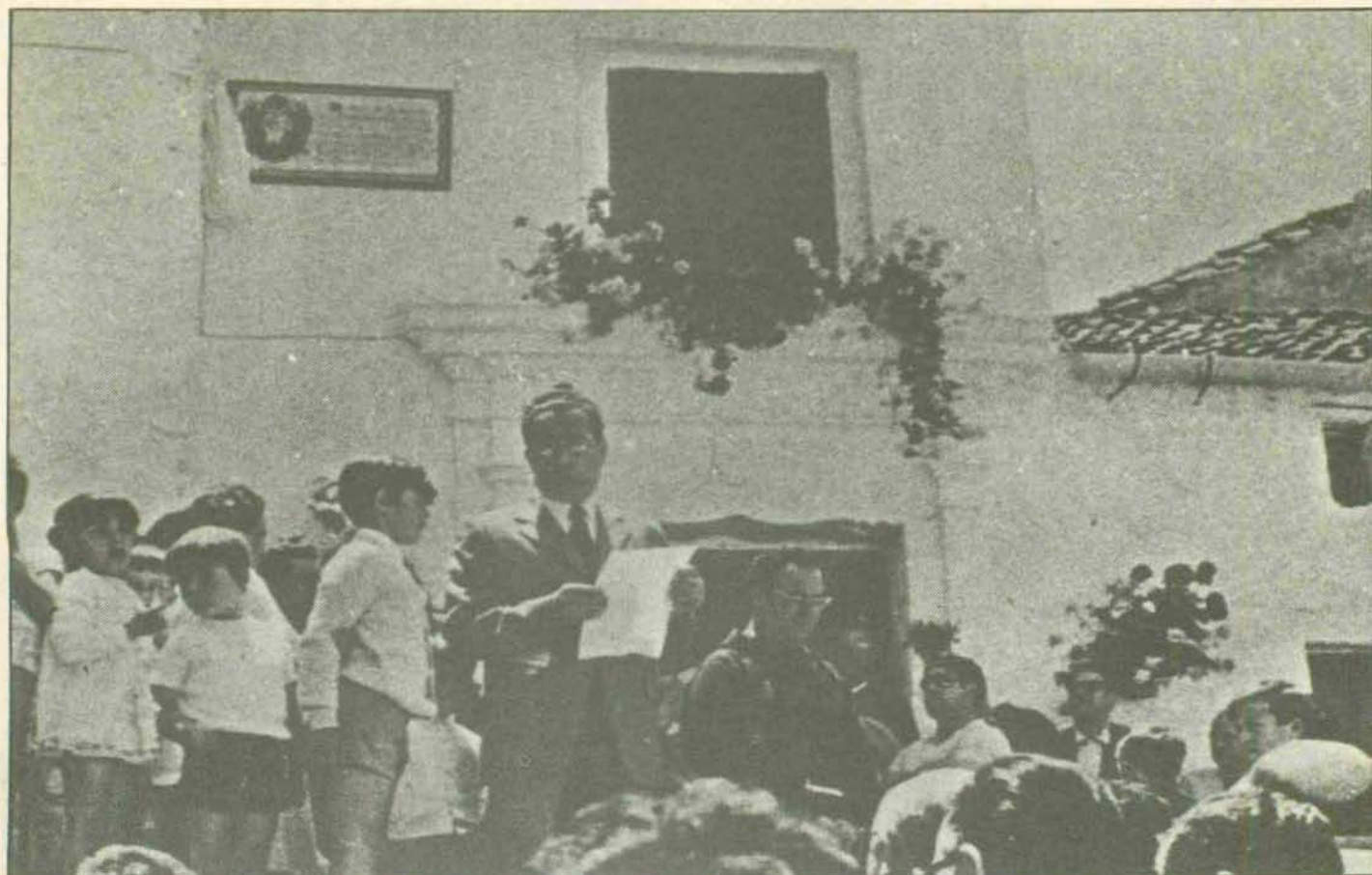
Era digno de ver cómo quienes visitaban la cámara mortuoria, además de rezar, pasaban por los hábitos del «frailecico de la barba blanca» prendas, rosarios y otros objetos. (Testimonio de la devoción popular cualquier día 9 de cada mes).

fray Leopoldo de Alpanseire hasta que el 16 de noviembre de 1950 se celebraron sus bodas de oro de profesión religiosa. Su fama de hombre santo fue creciendo y hay miles de anécdotas que hablan de su bondad y sacrificio. Recorrió toda la provincia como limosnero y fue muy popular entre los lugareños. Los acontecimientos políticos tan decisivos en la historia de España no afectaron a su vida. Tan sólo en los años de la II República, por miedo a los perversos rojos quemadores de iglesias, se rompió la rutina de sus costumbres. Había abandonado su trabajo como hortelano y se dedicaba a mendigar como quería San Francisco. Sus piadosos biógrafos hablan de los insultos, afrentas y blasfemias que las airadas turbas, «agitadas por la propaganda y la pornografía» le lanzaban a su paso. Pero él todo lo aguantaba pacientemente. Durante un tiempo tuvo que dejar los hábitos y cortarse la barba, ya encanecida, para no correr peligros físicos. Después, con la Victoria, volvió la tranquilidad a su vida y a la de todos los frailes.

MUERTE DOLOROSA

En la tarde del 9 de febrero de 1953, al igual que otras tardes, fray Leopoldo salió a mendi-

gar de puerta en puerta. Cuando descendía por las escaleras de la plaza de los Lobos cayó rodando hasta el último escalón. «Sentí —dijo después confidencialmente— como si una mano me empujara... Miré atrás y no vi a nadie». Fue recogido por unos vecinos y trasladado al convento y después al sanatorio de La Salud. Sufrió, según el diagnóstico médico, fractura transtrocantérea de fémur. Durante varios meses permaneció inmóvil y la enfermedad se vio complicada por una pulmonía y por graves trastornos digestivos. En la clínica, las monjas que estaban por aquellas fechas trabajando hablan maravillas y el respaldo de hierro es conservado como una reliquia. El «Ideal», de Granada, publicó numerosas anécdotas, pues era ya muy popular en la región. Numerosos visitantes acudían a rezar ante él y a robar lo que pudieran por considerarlo santo en vida. Hasta tal punto que tuvieron que prohibir terminantemente las visitas. Pero para tan ascético capuchino la comodidad de una cama de hospital era un lujo que no se podía permitir. A mediados de abril fue llevado al convento y a su celda próxima al coro. Al cabo de pocos meses se registró una mejoría «que los médicos no dejaron de calificar como sorprendente». Apenas podía mo-



El 10 de julio de 1961, la Corporación Municipal granadina acordó «por unanimidad» y como homenaje y reconocimiento de las virtudes del santo y popular Hermano Fray Leopoldo de Alpanseire, dar su nombre a la calle de nueva apertura...» (Acto de descubrir una lápida en la casa del Siervo de Dios, en Alpanseire).

verse de todas formas. No era un problema para él, decía. Así tenía más tiempo de rezar por todos.

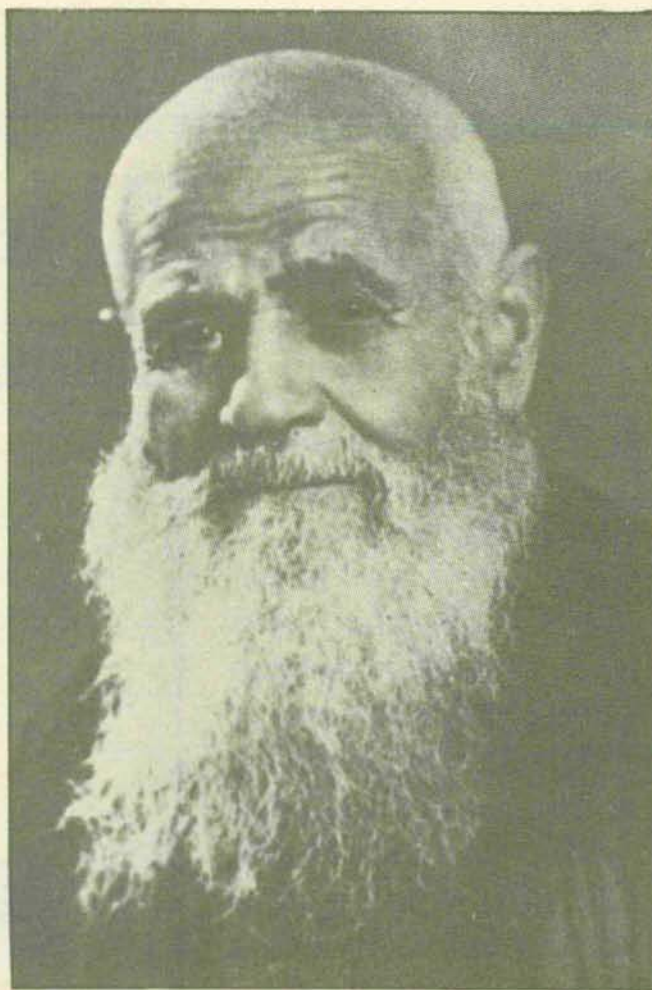
Pero la enfermedad avanzaba. Surgieron llagas ulcerosas. Era como el santo Job y sufría en silencio, según sus enfermeros. Numerosas frases, perfectamente recordadas por los frailes, se le oían balbucear. Todas de resignación y de arrepentimiento, claro. «Si yo hubiera sabido aprovecharme, ahora sería santo... Me hubiera sido tan fácil corresponder a tantas gracias recibidas..., y cómo he perdido el tiempo». Los dolores se los enviaba Dios como castigo a sus pecados.

El 7 de febrero de 1956 se apreció un agravamiento de su salud y fue trasladado a una nueva celda, más amplia. Se le dio la unción y recibió el Santo Viático. Al día siguiente volvería a comulgar. Después los dolores se hicieron brutales. Sufrió varias horas preagónicas en las que la paciencia y la aceptación franciscana del dolor desaparecieron ante la inminencia de la muerte. Convulsiones, protestas, ahogos, contorsiones violentas. Los capuchinos dicen que era «el abandono del Padre, cual lo experimentaba Cristo en el Gólgota». La más violenta batalla del enemigo. Mientras tanto, los frailes rociaban el lecho con agua bendita y recitaban jaculatorias. Fue una cruel agonía de largas horas. Murió a la una y cuarenta minutos del día 9 de febrero de 1956. El «Ideal» dio la noticia en primera página y «Yugo», de Almería, publicaba: «Millares de granadinos acudieron para desfilar ante su cadáver. Era digno de ver cómo quienes visitaban la cámara mortuoria, además de rezar, pasaban por los hábitos del "frailecico de la barba blanca" prendas, rosario y otros objetos, exteriorizando su fervor y amor a aquel hombre que consideraban como lo que ha sido: un elegido de Dios».

Y comenzó la rapiña en búsqueda de la reliquia. El cordón del cadáver tuvo que ser cambiado hasta siete veces y el rosario desapareció a trozos al igual que las mangas del hábito.

Cuenta Fray Angel de León, su apologeta, que cuando se cerró el ataúd un pequeño trozo del hábito quedó fuera. Mientras el féretro era conducido hacia el cementerio, las gentes tiraban de la tela. «Al bajar el cadáver a la tumba, apenas quedaba cubierto por un indispensable trozo de tela... San Francisco debe estar ya acostumbrado a ver que los mejores de sus hijos llegan a las moradas eternas con el hábito más maltratado».

Miles de personas asistieron al funeral, encabezados por las autoridades de la ciudad.



«Si yo hubiera sabido aprovecharme, ahora sería santo... Me hubiera sido tan fácil corresponder a tantas gracias recibidas..., y cómo he perdido el tiempo». (Palabras pronunciadas, durante su agonía, por Fray Leopoldo de Alpandire).

El 31 de mayo de 1958 sus restos fueron trasladados del cementerio a la antigua iglesia de su convento. El 27 de octubre de 1969, a la cripta de la nueva iglesia de los capuchinos, donde «descansan en un artístico sarcófago de mármol». El mismo sarcófago ante el que rezó y se curó el guardia civil Salvador Garrido Aguera.

Al día siguiente de su fallecimiento, el Ayuntamiento de Granada, reunido en sesión, hizo constar en acta su sentimiento por la muerte del lego, y el 10 de julio de 1961, la Corporación Municipal acordó «por unanimidad y como homenaje y reconocimiento de las virtudes del santo y popular hermano fray Leopoldo de Alpandire dar su nombre a la calle de nueva apertura, comprendida entre Calvo Sotelo y la plaza de acceso a la estación de ferrocarril, paralela a la avenida de Andaluces».

El 26 de junio de 1961 se había constituido, bajo la presidencia del arzobispo de Granada, Rafael García y García de Castro, el proceso de Beatificación y Canonización. ■ G. G.